

No existen mapas para llegar allí

La puerta del dormitorio de su padre estaba junta, no más entreabierta que un centímetro. Valzer, de siete años, se acercó a mirar hacia el interior a hurtadillas. Le habían prohibido el ingreso diciéndole que su papá estaba muy enfermo. La verdad es que Valper, su progenitor, agonizaba. A los treinta y tantos, en la mitad de la vida, un cáncer había hecho presa de él y, en pocos meses, lo tenía al borde del fin. Para Valzer, con tan poca edad, la situación pasó casi sin darse cuenta. Él solamente sabía preocuparse de sus juegos. Sin embargo, cada cierto tiempo, echaba en falta la presencia de su padre y, entonces, iba a dar una mirada secreta por la estrecha pantalla que representaba aquella rendija fugaz entre la hoja batiente y su marco.

Valper había sido un buen hombre. Trabajador, solidario con sus amigos y amante de su esposa. Naturalmente, no había sido un dechado de virtudes. En ocasiones, bebía más de la cuenta y gastaba más de lo necesario. A su manera, había luchado por salir adelante y ahora..., ahora estaba allí, a merced de ella. Esa oportunidad fue la primera vez que Valzer la vio. Nunca más pudo olvidar su figura alta, su cabeza pálida y sus negras vestiduras. Estaba de pie, a un costado del lecho, de tal manera ubicada que los ojos del moribundo no pudieran dejar de contemplarla. El aire se llenó de un olor fétido, como de aguas estancadas, haciéndose todavía más irrespirable - un hedor a ratones muertos - cuando abrió su boca desdentada para dirigirse a Valper.

- Debemos irnos -, murmuró con voz aguda, como una mujer hablando en falsete.
- Noo, noo -, alcanzó a escupir Valper entre sus labios violáceos, con evidente terror en sus ojos.
- No hay que dramatizar tanto -, expresó la voz chillona, y agregó: - Aún te queda algo por hacer. Es una oportunidad que puedo conceder, de cuando en cuando. Tengo el poder de hacer vívidos en tu mente los tres deseos más intensos que hayas experimentado en tu vida. Por mi voluntad, sentirás como si hubieses logrado hacer realidad esos anhelos.

Para descubrirlos, te haré algunas preguntas. La primera, es: ¿Quisiste conocer a alguien y no lograste su amistad?

La mandíbula de Valper se agitó levemente.

- *La segunda, es: ¿Quisiste lograr algo, una meta, y no pudiste?*

Valper sólo atinó a cerrar sus ojos.

- *La última, es: ¿Hubo algún lugar que deseaste visitar y no se dio esa oportunidad?*

El moribundo simplemente emitió el último y débil suspiro.

- *O vine un poco tarde o el desgraciado hasta fue torpe en su momento final -, expresó ella crudamente, después de cortar el hilo de la vida.*

Valzer no supo si todo aquello lo había imaginado o soñado o visto en una película por televisión. Pronto estuvo sumergido en sus juegos, de los cuales ni siquiera pudieron sustraerlo los llantos y demostraciones de duelo de los parientes.

El tiempo transcurrió ineluctable. Valzer pronto olvidó a su padre. También, a su madre. Su vida se fue orientando por vías y redes de relaciones humanas muy diferentes a las de su familia. Lo fue guiando un afán compulsivo de transgredir lo común y lo habitual, un ansia de pasar por sobre lo establecido y lo consuetudinario. Siempre vivió arriesgando y lo hizo bien, dejando a muchos tumbados, o fracasados u ofendidos, como peldaños en su avance para lograrse una situación o, simplemente, para satisfacer su hedonismo. Se confió demasiado. Y comprobó, ya viejo, habiendo llegado a una edad que duplicaba la de su padre al morir, que todo no podía ser tan fácil. Empezó a enfermar, enflaqueció casi hasta los huesos y llegó el momento que estuvo más en cama que en pie. El diagnóstico médico indicó lo que Valzer sospechaba: alguna de sus parejas le había contagiado un virus mortal. Comprendió que su vida tocaba fondo y que no le restaba sino esperar. Esperó y esperó. El momento tenía que llegar.

Ella apareció, vestida igual que la primera y única vez que la había visto, cuando era niño. La primera diferencia con aquella ocasión fue que ahora podía verla de frente, en todo su siniestro esplendor y no como esa sombra confusa que había percibido fisgando por la rendija de la puerta. La segunda diferencia era lo inesperado de su presencia en el cuarto de su padre, en cambio, en esta oportunidad, él deseaba con una extraña fuerza que ella se hiciera presente.

La repulsiva máscara de huesos faciales lo observaba semiculta bajo el capuchón de tela burda y deshilachada. Valzer se conmovió, interpretando esa actitud casi como un gesto de pudor femenino.

Las cuencas vacías se fijaron en él y Valzer sintió que lo miraba con profunda ternura. Lo cierto es que ese dulce mirar no era sino el resultado del movimiento de gusanos buscando restos de carne descompuesta en los ojos podridos. La visitante puso una mano sobre la cama, apuntando hacia su cuerpo con un dedo índice blancuzco, terminado en una uña gris verdosa. El gesto correspondía al acto de posesión de una vida humana que tocaba a su fin. Cualquier otro hubiese dado un respingo como si lo fuera a clavar la cola de un escorpión, por el contrario, Valzer sintió como si lo intentara acariciar una virgen e ilusionada novia.

Ella retiró las descarnadas falanges, cogió el borde de un extremo de su manto, se embozó en él, giró el amarillento cráneo, donde aún colgaba uno que otro mechón de cabellos sucios y descoloridos, y entreabriendo las mandíbulas se dispuso a hablar. La sardónica e involuntaria sonrisa de aquél rostro descarnado le confirmó a Valzer los delicados y amorosos sentimientos de la dama que volvía a su encuentro. Valzer sabía lo que le iba a proponer. El cacofónico falsete - una sonata en los oídos de este enfermo - se adueñó de la habitación.

- *Debemos irnos.*
- *Te estaba esperando. ¿Por qué demoraste tanto? -, murmuró Valzer suavemente, con el rostro inundado de una beatífica paz.*

Un gesto brusco y corto hacia atrás de la mano derecha de la visitante denunció la sorpresa provocada por el inesperado comentario. Se repuso de inmediato de esta aparente debilidad y prosiguió implacable.

- *No es necesario fingir tanto -, y agregó: - Aún te queda algo por hacer. Es una oportunidad que puedo conceder, de cuando en cuando. Tengo el poder de hacer vívidos en tu mente los tres deseos más intensos que hayas tenido en tu vida. Por mi voluntad, sentirás como si hubieses logrado hacer realidad esos anhelos. Para descubrirlos, te haré algunas preguntas.*
- *¿Son las mismas que le hiciste a mi padre? -, expresó buenamente el moribundo.*

Los escasos dientes de la terrífica dama golpearon unos con otros al cerrar con enfado sus mandíbulas con estremecedora e inquietante violencia. Su orgullo le impidió hacer cualquier comentario que denunciara esta nueva sorpresa, por lo tanto, continuó con su labor como si nada hubiera logrado alterarla.

- *La primera pregunta es: ¿Quisiste conocer a alguien y no lograste su amistad?- dijo la voz chillona, que a Valzer le sonó como el trino de los pajarillos.*
- *Siempre quise conocerte y te alejaste de mí justo en el momento que te vi por primera vez -, respondió él, sintiendo alivio como si un peso se levantara de su cuerpo.*

Ella, incomprensiblemente, retrocedió un paso, pero de inmediato formuló la segunda pregunta.

- *La segunda, es: ¿Quisiste lograr algo, una meta, y no pudiste?.*
- *Mi mayor anhelo fue que pudieses corresponder el inmenso amor que siento por ti.*

En tanto Valzer sentía que los síntomas de su terrible enfermedad se atenuaban, la figura de negro volvió a retroceder hacia la puerta y lanzó la última pregunta.

- *¿Hubo algún lugar que deseaste visitar y no se dio esa oportunidad?*
- *Ansiaba conocer tu reino, amor mío, y no existen mapas para llegar allí.*

Lanzando un aullido horrísono, la figura se desvaneció en el aire, tan rápido como había aparecido. Valzer sintió que la fiebre abandonaba repentinamente su cuerpo y que sus fuerzas eran similares a las que disponía antes, cuando estaba sano. Asimismo, el olor nauseabundo que servía como telón de fondo de estas visitas había desaparecido y sus fosas nasales disfrutaban de un aroma singular. Se levantó de la cama de un salto. Abrió la puerta con desesperación. Quería que ella regresara y no sabía como llamarla. Su alma se desgarraba igual como si fuese la de un adolescente que pierde a su bienamada. Desde lo alto de la escala que daba al segundo piso, afirmado en la baranda, comenzó a lanzar estrepitosas carcajadas mientras de sus ojos brotaban regueros de lágrimas. Había comprendido que su amor, la meta de su existencia, era inalcanzable y que, mientras no volviera a encontrarla, viviría eternamente. Un anciano, eternamente.

Ismael Berroeta
03/02/2000